



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La cultura latinoamericana en la aldea global

Autor: Morales Sales, Edgar Samuel

Forma sugerida de citar: Morales, E. S. (1996). La cultura latinoamericana en la aldea global. *Cuadernos Americanos*, 6(60), 37-44.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 60, (noviembre-diciembre de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CULTURA LATINOAMERICANA EN LA ALDEA GLOBAL

Por *Edgar Samuel* MORALES SALES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MÉXICO

EL ABANDONO DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS, políticos y sociales fundados en las doctrinas del ‘socialismo científico’, la revolución informática ocurrida en las últimas décadas del siglo xx y la mundialización de la economía son fenómenos que se perciben en los países por comodidad llamados ‘occidentales’ como pruebas de la llegada de una época, aparentemente definitiva, en la que se producirán la homogeneización de las sociedades humanas en todos los confines del planeta, la adopción cada día con mayor vigor de la forma de vida occidental, la renuncia a las costumbres, a los hábitos ancestrales de los pueblos del mundo y en general la desaparición de las culturas vernáculas: ‘De aquí en adelante —dice Francis Fukuyama en su ensayo sobre el fin de la historia— todo va a ser más o menos igual; alternativas al mundo actual no van a existir’.

Esta afirmación da por hecho que el mundo actual, aquel que verdaderamente merecía el nombre de ‘mundo actual’, es el de los Estados Unidos, de donde Fukuyama es ciudadano; o probablemente el de los aeropuertos y el de las vialidades y centros comerciales que siguen la moda norteamericana de desarrollo urbano-suburbano de las principales ciudades europeas, de algunas asiáticas y hasta de una que otra de las capitales latinoamericanas, que en efecto, no se puede negar, se parecen extraordinariamente entre sí. El mundo, según Fukuyama, serían todos aquellos espacios sociales en donde la economía de mercado tiene absoluto dominio; en donde un buen número de quienes los integran adoptan las modas vestimentarias de tipo occidental y aquél en donde los individuos tienen acceso a los productos tecnológicos de la industria de la informática. Así, dicen otros autores, el mundo será como una gran aldea global.

Sólo que las afirmaciones de Fukuyama resultan completamente contrastantes con las relaciones sociales, económicas y políticas que se producen en todos los confines del mundo y en especial con las complejas realidades que se viven en los países de nuestra América Latina. En efecto, las suposiciones del autor mencionado dan por hecho que en el mundo occidental mismo habría una especie de *continuum* en donde todo es libre competencia, acceso igualitario al consumo y formas de pensamiento y de cultura material homogéneas, cuando todos sabemos que, por el contrario, en los propios países occidentales existen fuertes disparidades sociales, fuertes contrastes económicos entre los grupos sociales que constituyen sus poblaciones y hasta profundas diferencias étnicas y culturales no sólo porque cada uno de ellos ha sido integrado y conformado por grupos humanos sumamente diferentes entre sí, sino porque además se han visto obligados a integrar a grandes contingentes humanos provenientes de los lugares más distantes del continente europeo, del territorio de los Estados Unidos o del de Canadá o de Australia. Los migrantes son parte de sus paisajes sociales.

Como todo mundo sabe, la tan ponderada mundialización de la economía no es sino la expansión de las empresas trasnacionales más poderosas. Las beneficiarias de la amplia circulación de mercancías producidas en una importante cantidad de países asiáticos, europeos y del norte de América son principalmente corporaciones sin rostros definidos, sin nacionalidades, sin orígenes claros; entidades financieras que cambian sus capitales de un país a otro creando supuestos *booms* económicos y quiebras de economías nacionales en unos cuantos días. En nuestra América Latina los casos de México, Argentina y Venezuela ilustran muy bien el comportamiento de esos organismos difusos a veces ligados a intereses oscuros que ponen en jaque a los gobiernos del área y a la soberanía de las naciones. Por si todo esto fuera poco, hay que observar que desde el acceso mismo a los mercados ahora mundializados hay fuertes inequidades: ni es imparcial ni es igualitario para todo tipo de empresa. Se conoce que en mercados nacionales muy específicos siempre existen entidades que reciben los favores, las preferencias, los subsidios y hasta las patentes de monopolio por parte de los gobiernos que practican el neoliberalismo. A lo anterior habría que agregar también que el gran *bang* de las empresas trasnacionales no ha sido ni casual, ni milagroso, ni apareció por generación espontánea. En realidad, la mayoría de las veces proviene del dominio tecnológico

establecido desde hace siglos en favor de los países que previamente habían practicado las guerras de conquista, tanto territorial como de mercados y del dominio y colonización de pueblos de tipo tradicional, más el saqueo de los recursos naturales de los territorios sometidos al colonialismo. La mundialización de la economía, tal como se practica en la actualidad, no es sino la expansión de las grandes corporaciones industriales y comerciales y de las tecnologías que en el seno de sus propios países han aniquilado a los micro, pequeños y medianos empresarios llevándolos a la quiebra en un ambiente de competencia desigual; cambiando de país sede cuando los grupos de trabajadores de sus naciones de origen reclaman mejores condiciones de labor y mayores ingresos, para ir a los países en donde la mano de obra, pese a la necesidad de capacitación inicial, termina por ser diez o más veces más barata. Con acciones como éstas, centenares y miles de empleos se pierden continuamente, incluso en los países con mayor desarrollo económico. Hay regiones que se deprimen en materia de empleo. Así se sabe que en Alemania, que en 1950 tenía aproximadamente 530 mil trabajadores en la industria de extracción de la hulla, al inicio de la década de los noventa contaba ya sólo 100 mil, mientras que en la industria del acero, que registraba hacia 1960 a 220 mil trabajadores, en los primeros años de la década por concluir sólo llegó a 120 mil. Los recortes de personal, en 1955, se calculaban entre 50 mil y 70 mil plazas: "nadie conoce el fin de este proceso" señaló el portavoz del Ministerio de Economía, Rudolf Deckert. Pero no sólo ese tipo de procesos se viven en los países desarrollados. El trabajo a tiempos parciales, los recortes de horarios laborales y las suspensiones en las plantas productivas se han vuelto cotidianos en las economías desarrolladas, impactando no sólo en la definición de un nuevo orden en las relaciones entre el capital y el trabajo, sino en lo que representa el trabajo parcial o los horarios laborables reducidos en la formación de Producto Interno Bruto. De acuerdo con datos de la OCDE, el empleo a tiempos parciales llegaba, en 1990, a representar hasta 12.0% en Francia, 13.2% en Alemania, 5.7% en Italia, 17.6% en Japón, 21.8% en Inglaterra y 16.9% en los Estados Unidos. Los mismos fenómenos de recortes de personal y de tiempos laborables se viven en 1996 en América Latina, pero es totalmente claro que no es lo mismo ser desempleado en nuestros países que ser desempleado y con seguro de desempleo y prestaciones sociales en los países desarrollados. Estos cuantos datos nos muestran que la mundialización de la economía es más un proyecto de las grandes

corporaciones para obligar a los países de economía dependiente a terminar con sus políticas de proteccionismo económico, que la llegada de una especie de Jauja a nivel mundial.

Algo semejante ocurre en el caso de la revolución tecnológica cuya realidad no puede negarse. Tanto en las telecomunicaciones como en los transportes y particularmente en la informática existen enormes adelantos que propician que el flujo de grupos humanos, de ideas, de modas, de información, etc., se produzca de manera vertiginosa. Es muy probable que en el futuro incluso nuestros congresos se realicen enlazándonos a través de nuestras computadoras personales y desde nuestros centros de trabajo a una red telefónica que a su vez estará conectada a una red informática. Faltará el contacto humano y el intercambio muy directo de impresiones, pero sin duda se podrán compartir de manera fácil nuestras comunicaciones o ponencias. Es claro que en este caso también nos enfrentamos a varios problemas. En principio porque ni en los países más desarrollados toda la población tiene acceso fácil a los adelantos de la informática o de la cibernética. Que éstas continuarán produciéndose particularmente en los países desarrollados, y que la investigación en la materia siga generándose preferentemente en ellos, constituye una verdad, pero esto no garantiza que las poblaciones de esos países tengan derechos igualitarios a los productos del desarrollo tecnológico. Por otro lado, el desarrollo de la informática y de la robótica ha dado paso a la llamada era postindustrial, como gustan de llamarla los norteamericanos, pero por sí misma ella se perfila ya como fuente de desempleo para miles de trabajadores cuyos servicios se tornan cada vez menos necesarios. Para muestra basta un botón: de acuerdo con datos recabados por Simson L. Garfinkel en la revista *Internet Underground*, la empresa de telefonía y de computación AT&T ha despedido hasta el año pasado a 123 mil de sus empleados, IBM a 122 mil, Digital Equipment a 29 800, la Bell South a 21 200 y Nynex a 17 mil; Apple despidió igualmente a miles de trabajadores a su servicio y en otras empresas de computación el panorama es muy semejante.

Según datos publicados recientemente por el periódico mexicano *La Jornada*, en dos artículos de Naief Yehya, igualmente apoyados sobre los trabajos de Garfinkel, en torno al caso de las redes informáticas mundiales, se calcula que mientras que los usuarios norteamericanos de la red informática Internet constituyen casi 70% de sus clientes, en toda América Latina las personas que usan y tienen acceso a ese tipo de servicios sólo constituyen 25% aproximadamente. Nuevamente volvemos a las disparidades, en tanto que en

cada uno de nuestros países el manejo de computadoras, el uso de las redes de información y la propiedad sobre los productos de la informática y de la cibernética siguen representando costos elevados. Pero además, de nada o de muy poco sirve tener una computadora personal, acceder a las redes de información y comprar los aparatos complementarios de las computadoras para incursionar en dichas redes, si no se tiene un manejo adecuado del inglés norteamericano. Por ello no hay que perder de vista que enormes contingentes humanos se las arreglan sin computadoras ni máquinas electrónicas de ninguna especie, lo que no significa que sea bueno, sino que simplemente constituyen hechos de la realidad latinoamericana.

Y esto último tiene singular importancia porque tampoco se puede negar que en algunos centros académicos, en algunos espacios de la investigación universitaria o privada, o bien en algunas empresas conectadas con la vida industrial, se tiene en efecto contacto constante y permanente con la cultura occidental, pero el número de personas que en cada país latinoamericano se encuentra en esas condiciones representa cifras modestas si se le compara con el resto de la población.

Pese a todo lo limitado que se le quiera ver, en América Latina existe una cultura latinoamericana en general, probada plenamente por las historias comunes para varias regiones geográficas muy próximas, por las lenguas ibéricas que al interior de cada país operan como lenguas francas, por las historias paralelas que se repiten a todo lo ancho y largo de la geografía de la región con parecidos asombrosos, por los hábitos, costumbres, gustos musicales, uso de instrumentos muy parecidos en esa misma actividad, ancestros étnicos y culturales muy próximos entre las diversas naciones latinoamericanas contemporáneas y desde luego por un intercambio intenso de ideas, de formas de pensamiento, de hábitos culturales, etc., que se produjo a partir de la dominación y de la colonización ibéricas.

Esto tampoco niega lo cruento, lo injustificado de los daños causados a las poblaciones por comodidad llamadas *autóctonas* de América. Pero no podemos ocultar hechos de la historia. En la mayoría de los pueblos latinoamericanos, singularizados por las grandes mezclas étnico-culturales o en aquellos donde hay poco de ellas, nuestras raíces se agrupan en tres grandes herencias: indígena, europea y africana. Muchos latinoamericanos conservamos las características étnico-culturales de los pueblos que confluyeron en este gran crisol de los pueblos del mundo y son precisamente ellas

las que nos otorgan nuestras notas distintivas, pese a las semejanzas que con algunos grupos podamos tener. No trato de exaltar el mestizaje o exacerbar el latinoamericanismo, sino subrayar hechos de la vida latinoamericana cotidiana.

Esta afirmación no podría tampoco ocultar el hecho de que al interior de esas tres grandes raíces existían diferencias sustanciales, tanto de origen biológico como de origen cultural. No basta decir que tenemos ancestros en una o en otra raíz cultural; en cada una de ellas las diferencias llegaban hasta oponerlas de manera radical. No podemos pasar a las fantasías de que por un lado había europeos y todos eran iguales, por el otro indígenas americanos y todos eran idénticos y por otro más llegaron los pueblos negros y todos eran homogéneos. Cada contacto interétnico e intercultural produjo nuevas culturas que en muchos rasgos se parecen entre ellas y retomaron algunas de las características de sus pueblos originarios, pero es indudable que dieron paso a nuevas culturas y a nuevos pueblos. Los indios, los blancos, los negros, los asiáticos, los mestizos, los mulatos, etc., contemporáneos no son los mismos que llegaron o estaban en América. La dominación colonial los aproximó, pero no borró ni sus sentimientos de diferencia cultural ni sus sentimientos de identidad regional o nacional. Antes al contrario, contribuyó poderosamente a diversificarlos. Particularmente en los casos de las identidades regionales y nacionales.

Por eso, ahora que se habla de la homogeneidad cultural como producto de la mundialización de la economía, no hay sino que conservar el escepticismo hacia las generalizaciones sin fundamentos. La mal llamada mundialización de la economía, lejos de propiciar los paisajes sociales únicos, se traducirá en el incremento de las diferenciaciones étnico-culturales. Ni los pueblos europeos, ni los pueblos del Canadá, pese a su posición privilegiada en los bloques económicos en que participan, han logrado borrar sus diferencias culturales. Quizá en este punto habría que recordar que en Canadá, en 1995, el secesionismo estuvo a punto de traducirse en una realidad. Un número muy significativo de quebequenses se manifestaron en favor de la independencia y de la constitución de un nuevo país. En el Asia del sudeste se habla ya de la necesidad de separar las provincias de los grandes Estados, para transformarlas en naciones independientes. En Europa el regreso de los sentimientos ultranacionalistas y ultrarregionalistas no han dejado de existir y por el contrario, se han incrementado en los últimos años del siglo XX de manera peligrosa. El caso más evidente lo constituyen los

movimientos independentistas que se observan en la antigua Unión Soviética y que hacen crisis en los Balcanes, en la antigua Yugoslavia. Obsérvese, entonces, que en esos países se tienen que realizar grandes esfuerzos para controlar los movimientos de radicalismo ultranacionalista y los movimientos separatistas.

En América Latina vivimos realidades muy diferentes; amplios grupos humanos tradicionalmente marginados en nuestros países apenas están desarrollando los sentimientos de pertenencia nacional. Cada nación posee a su vez no sólo una cultura híbrida y única, sino un conjunto amplio de ellas. Creer que la homogeneidad cultural llegará algún día determinado es una aspiración fantasiosa que no parece tener viabilidad. No hay que confundir a los sectores sociales encumbrados en nuestros países adictos al extranjerismo siempre y cuando sea occidental con los pueblos o con las culturas de los grupos humanos que coexisten en nuestras naciones. América Latina es un continente multiétnico, multilingüe y multicultural. Realidad ocultada durante mucho tiempo, la diversidad latinoamericana no es fácil de homogeneizar y, no obstante, es precisamente la diversidad característica de los latinoamericanos la que paradójicamente nos hace muy semejantes y funda la cultura latinoamericana contemporánea.

Es interesante observar que muy pocos autores occidentales tienen una conciencia clara del significado de los cambios bruscos de las sociedades contemporáneas. De entre ellos, quizá Fernand Braudel ha sido quien mejor los ha explicado con sus planteamientos en torno a la larga duración, en donde nos hace reflexionar para no ser tan inmediatistas como nos sugieren los autores como Fukuyama: "Los acontecimientos de la superficie no tienen todos el mismo peso temporal: algunos desaparecen de un día para otro; otros, al contrario, abren vorágines que permiten mirar en profundidad; son eventos que duran, son *eventos largos* que no dejan de tener consecuencias". Las ideas de mundialización de la economía, del surgimiento de la aldea global, del fin de la historia, son en realidad parte de la batalla ideológica entre los grandes imperios y los pueblos que luchan por su identidad y su independencia. Involucran, evidentemente, luchas simbólicas tenues, finas y con mensajes subliminales, pero en el fondo no hacen sino confirmar que quienes las sustentan son simplemente intelectuales a sueldo de las grandes corporaciones; se difunden sus ideas, se multiplican sus libros para ofrecerlos en los supermercados porque dicen lo que las grandes corporaciones transnacionales quisieran decir: "Miren, todos somos

iguales; el mundo no pertenece a nadie en particular; debe mantenerse abierto para que nosotros les llevemos el progreso y la abundancia; déjennos explotar sus territorios y sus mercados y mientras tanto les ofreceremos, a buenos precios, abalorios y cuentas tecnológicas”.

BIBLIOGRAFÍA

- Barret, Tod y Theresa Waldrop, ‘The Ruhr Valley and the Mon: a tale of two rust belts’, *Newsweek* (Nueva York), vol. CXXI (14 de junio de 1993), pp. 14-15.
- Boffa, Massimo, ‘Entrevista a Fernand Braudel’, *La Jornada Semanal*, Suplemento de *La Jornada* (México), núm. 167 (23 de agosto de 1992), pp. 17-22.
- Dialéctica* (Puebla, UAP), año 15, núm. 22 (primavera de 1992).
- Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, México, Siglo XXI, 1982.
- Morales Sales, Edgar Samuel, ‘Etnodesarrollo en América Latina’, *Coatepec. Revista de la Facultad de Humanidades de la UAM* (Toluca), año 4 (primavera-verano 1995), pp. 82-86.
- , ‘América, tierra india’, en Alberto Saladino García, coord., *El problema indígena. Homenaje a José Carlos Mariátegui*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1995.
- Yehya, Naief, ‘Los 12 mitos de Internet’, *La Jornada Semanal*, Suplemento de *La Jornada* (México), Nueva Época, núms. 54 y 55 (17 y 24 de marzo de 1996).
- Zea, Leopoldo, *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza, 1976 (*Biblioteca Iberoamericana*).